

LA ILUMINADORA ISAJARA



Isabel Ramos de Jaramillo: ISAJARA
(1882-1966)

Vivió y murió bajo el signo de la LUZ... LUZ en su puro y abierto espíritu, pleno de comprensión, de equilibrio, de serenidad, LUZ, en la claridad y altura de sus palabras, siempre ponderadas y precisas, orientadoras, decisivas... LUZ en la noche luminosa de sus bellos ojos profundos... En su acento. En su ademán acogedor de amistad, de ternura... Y LUZ en su obra de creadora, que penetró en la inefable poesía de EGUREN para traducirnosla en forma y color, sobre impalpables acuarelas de "celestia"...

Cuanto sus manos tocaban, quedaba como tallado. Del cuero inanimado y oscuro hizo una piel casi humana, labrada en formas raras y exquisitas, con doradas o verdosas pátinas, con incrustaciones de pedrería, en las que señoreaba el relieve de extrañas figuras: ya bíblicas, ya medioevales o bizantinas... O impregnadas de nuestra cultura, con rituales motivos peruanísimos.

Se acercó, también, al reino de la Música, componiendo delicadas canciones, entre ellas el inolvidable "Lirio Amarillo" que sirvió de argumento a brillantes versiones cinematográficas, con aplaudidas "estrellas", que recordamos todavía.

LUZ: en su acogedora tertulia de "La Posada" y luego, de "Los Duendes": refugio habitual de artistas y escritores; noveles y consagrados... En su hogar de ayer, de hoy y de siempre. Pues ella, hasta que la postró la debilidad física definitiva, mantuvo encendida la lumbre, tendida la mesa, abiertas de par en par las puertas; y más abierto aún: el nido de su corazón de MADRE múltiple, guía y consoladora de poetas y pintores principiantes, de muchachos inquietos, de soñadores rebeldes a quienes ISAJARA iluminaba, aconsejaba, amparaba... (hasta en gesto material, muchas veces).

Y así, por su signo de LUZ, la ILUMINADORA partió solitaria, humilde pero resplandeciente en un espléndido día de verano de 1966, besada por el último rayo del sol de la tarde...

Catalina Recavarren de Zizold

PANORAMA LITERARIO EN LORETO

Róger Rumrill

Historia

Dos etapas, marcadamente definidas, existen en el desarrollo histórico del departamento de Loreto. La primera, caracterizada por la influencia evangelizadora de los jesuitas. La segunda, se refiere a las vicisitudes de nuestra vida republicana.

En 1542, el 12 de febrero, un bergantín con cincuenta y siete hombres descubrirá, asombrado, las inmensas vegas amazónicas. El Padre Gaspar de Carvajal, compañero de Orellana, dirá más tarde que la tierra es buena y fértil y, en muchas oportunidades, los habitantes de esas comarcas obsequiarán a la famélica expedición con "mucho cantidad de comida, así de tortugas como manatís y otros pescados, y perdices y gatos y monos asados".

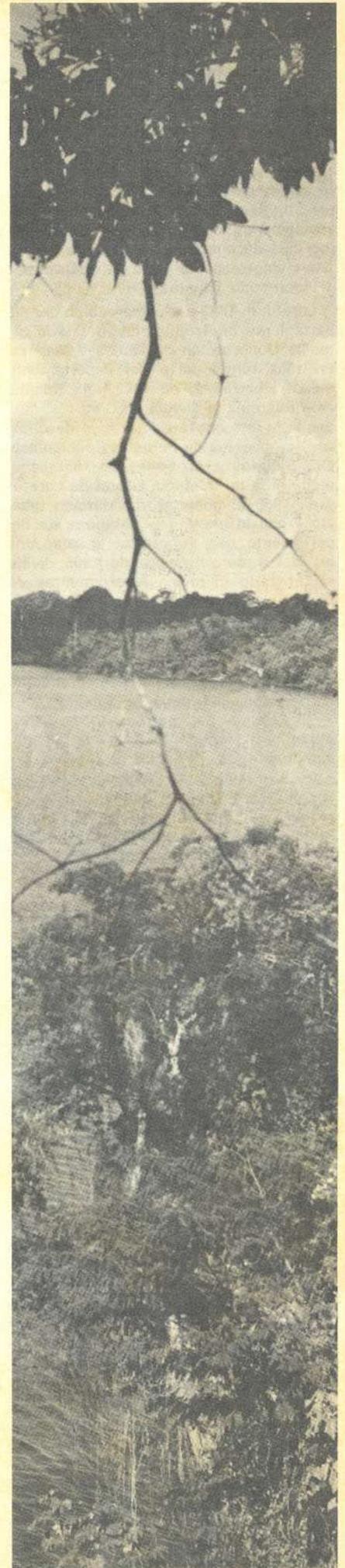
El Virrey del Perú Don Andrés Hurtado de Mendoza creará en 1560 la Gobernación de Omaguas. Se abre, entonces, un nuevo teatro de operaciones para los turbulentos aventureros españoles. Puñados de buscadores de fabulosas riquezas se internarán por los inextricables bosques, rumbo a las orillas del Río de Orellana donde, según la leyenda, está el Gran Paititi o el famoso El Dorado.

Uno de los primeros españoles que recorrerá la Amazonía será el feroz Lope de Aguirre, quien iniciará su cadena de asesinatos matando al intrépido Pedro de Ursúa.

Sin embargo, no es sino hasta 1618 cuando se empieza la conquista y colonización del Marañón Español. (Los españoles llamaban Marañón Español al Amazonas, seguramente, para diferenciarlo del Portugués). Ese año, el Virrey D. Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache, nombra Gobernador de los Maynas a Diego de Vaca y Vega, vecino de la ciudad de Loja, y le autoriza fundar pueblos y reducir indios.

En virtud de esta autorización, Diego de Vaca y Vega fundará a orillas del verdadero río Marañón, en 1634, la ciudad de San Francisco de Borja. Cuatro años más tarde, cuando el Gobernador Vaca se halle imposibilitado de contener las tropelías del colonizador español, solicitará ayuda a los jesuitas. El 6 de febrero del mismo año llegan a Borja los Padres Gaspar Cujía y Lucas de la Cueva. Los jesuitas están ya en la Selva Peruana y en ella se quedarán ciento treinta años; fundarán más de ochenta pueblos; predicarán en treinta y nueve lenguas distintas; reducirán a los indios pacíficos y belicosos; y, cuando se aprestaban a evangelizar a la nación jíbara, Carlos II decretará su expulsión en 1768.

Lo que ahora se llama departamento de Loreto fue durante el Coloniaje español la región de Maynas, que comprendía los territorios de Canelos, Tumbes, Jaén y Quijos. Esta enorme planicie, regada por ríos innumerables, estaba habitada por



una treintena de parcialidades indígenas —Capanahuas, Záparos, Ticunas, Jíbaros, Iquitos, etc.— "raza esencialmente móvil, náutica, ictiófaga y guerrera" (Jenaro Herrera).

Durante la azarosa República esta zona ha sufrido modificaciones, desmembramientos político-geográficos y ha sido, cuántas veces, cercenada, más que por la avidez de piraña de nuestros vecinos; por "la incuria, la desatención, las revoluciones, hasta la ignorancia en que los más de nuestros hombres de Estado han vivido respecto de la Selva Oriental" (Hildebrando Fuentes).

Loreto en 1822 era comprensión del departamento de Trujillo; luego existió como la Gobernación de Quijos y Maynas. En 1832 formó parte del departamento de La Libertad y, en 1842, una Resolución Suprema la dividió en Distritos, quedando Loreto convertido en uno de ellos, con los pueblos de Peruaté, Cochiquinas, Orán, Iquitos y otros más. En 1853 Echenique crea la Provincia Litoral de Loreto; y en 1866 el gobierno de Mariano Ignacio Prado lo eleva a la categoría de departamento con su capital Iquitos. Una ley del 4 de setiembre de 1906 divide el territorio en dos: Departamentos de Loreto y San Martín.

Loreto, según el censo de 1961, tiene una población de 330,335 habitantes y una superficie de 308,991 kilómetros cuadrados, después del desmembramiento sufrido con el Tratado de San Ildefonso y el llamado Salomón-Lozano de 1922, increíble y denigrante. El departamento comprende las provincias de Maynas, Loreto, Alto Amazonas, Requena y Coronel Portillo. La capital es Iquitos, con ochenta mil habitantes: ciudad la más importante de la Amazonía Peruana y el primer puerto fluvial del Perú.

Aproximación

Implacable, la voz de don Manuel González Prada, en su discurso del Politeama de 1888, sacude la molicie limeña. El país todavía vive los efectos de la catástrofe del 79. Los frutos de esa difícil etapa de nuestra historia republicana se cosecharán en la Costa, Sierra y Selva. En Loreto brotan los conatos federalistas en 1896.

Jorge Basadre ha estudiado los factores de contenido geográfico y económico que originaron la revolución federal de Loreto en 1896, encabezada por el Cónsul del Perú en el puerto brasileño de Pará, Mariano José Madueño y el coronel limeño Ricardo Seminario y Aramburú. El movimiento, que se inició en Iquitos el 2 de mayo de 1896, se extendió hasta Yurimaguas y Moyobamba y, en última instancia, fue sofocada por una de las cuatro expediciones enviadas por el Gobierno de Lima, la del transporte "Constitución" que ancló en Pará.

Pedro Dávalos y Lissón en su novela "La ciudad de los Reyes" (La Habana, 1906) ha reflejado la época histórica de 1884 a 1895. Época que González Prada resumirá en sus violentos discursos. Los males nacionales habían llegado a su punto más extremo: "gobnantes ineptos, cuartelazos, corrupción administrativa, atraso intelectual" (Mario Castro Arenas).



Barcos en el puerto de Iquitos

En "La ciudad de los Reyes" Dávalos y Lissón, que conocía bastante bien la región amazónica, da cuenta de la situación de Loreto cuando, por boca de Palomares, uno de los personajes de su relato, dice: "Allí todo es soportable, menos el jefe de la administración pública, que no conoce la región que gobierna, ni las necesidades de ella". Más adelante, Palomares, Pazmiño y Urzúa, este último limeño avecinado en Iquitos, que llevaban a la capital del país la representación de Loreto, discutirán con Piérola sobre las pretensiones autonómicas de Loreto que, según Dávalos, "tenía mucho dinero y muchas armas para imponer sus pretensiones".

Entretanto, Iquitos crece. Crece la ciudad formada con el aporte de los pueblos que en 1736 fundara el jesuita José de Bahamonde con un contingente de indios iquitos y napeanos. En 1814 el primer Obispo de Maynas, Hipólito Rangel, censará ochenta y un habitantes. En 1862 tendrá 2,359; y, cuarenta años más tarde, el Subprefecto Benito Lores censará en Iquitos 9,438 habitantes.

El 5 de enero de 1864 será fecha gloriosa para la capital de Loreto. Arriban al humilde pueblo las naves "Morona", "Pastaza", "Napo" y "Putumayo". Con ellas vendrán los signos de la civilización y el progreso. Se establecen algunas oficinas y una factoría. La lenta y monótona vida de la población cobra nuevo ritmo por obra y visión de un gran gobernante: Ramón Castilla. Pues, éste, "fue en realidad el auténtico fundador de Iquitos" (Emilio Delboy).

Raimondi que había estado en Loreto en 1861 y luego en 1869, hará notar el progreso de la ciudad en nueve años. En su primer viaje llegará solamente hasta Nauta, pues Iquitos no era más que una miserable ranchería de indios. En 1869 encontrará que el insignificante villorio ha desaparecido para dar paso a "una población con buenas y sólidas casas... muebles a la europea... y en donde se veían amarradas unas pequeñas y frágiles canoas, hoy día se hallan anclados cuatro buques y un pontón...". Y exclamará alborozado: "¡He aquí uno de los milagros que hace el vapor!".

Las dos últimas décadas del XIX serán para Loreto decisivas. Es en estos momentos en que se define su contexto socio-cultural. El colombiano y vecino de Iquitos, Manuel Montero, descubrirá en 1882 el caucho, látex que será la vida, la pasión y la muerte de un aluvión de hombres venidos de todos los rincones del planeta. Sobre el ardiente y vasto escenario de la selva se desparramarán los hombres en pos del codiciado oro negro. El coronel Hildebrando Fuentes, prefecto de Loreto en 1904, constatará que la población de británicos, franceses, portugueses y españoles es tan numerosa como la de moyobambinos, tarapotinos y riojanos.

Es la época en que se pagan en las cantinas con cajitas llenas de oro. Los caucheros se emborracharán con puro Romariz y champagne francés. Es la época en que se cubren las paredes de las casas de Iquitos con azulejos traídos de Europa y se pavimenta una calle con ado-



Escritores jóvenes de Loreto: Róger Rumrill, Manuel Túnjar Guzmán y Javier Dávila Durand

quines de Portugal. Eiffel diseña una casa que sigue en pie, testigo de un tiempo irreversible; Pedro Portillo, el coronel-explorador, construye centenares de metros de Malecón, paseo donde hermosas mujeres que visten a la última moda parisina bailan la cuadrilla francesa y el minué. Es la época también en que el valiente Benito Loes denuncia, en un documento alucinante, la trata de carne humana y la ley imperante: el rifle.

El cuadro social que pinta Fuentes en sus "Apuntes geográficos, históricos, estadísticos, políticos y sociales de Loreto" en 1906 es importante. "No hay mendigos en Iquitos —dirá Fuentes—, todos trabajan y todos ganan el sustento con el sudor de su rostro". Y para referirse a la tradicional honradez del loretano contará una historia: Alguien olvidó una caja en el Malecón, casi frente al ahora viejo local prefectural. Estuvo allí tres días, al cabo de los cuales regresó el dueño del cajón que contenía la friolera de cuarenta mil libras esterlinas.

El auge del caucho duró en Loreto aproximadamente un cuarto de siglo. Al estallar la guerra del 14 el departamento vivía una de sus peores crisis: pobreza material y humana. El precio de los productos estaba por los suelos. Iquitos, Nauta, Lamas, Tarapoto y Moyobamba se habían despoblado. Miles de hombres sepultáronse para siempre en la selva con sus bolas de caucho y sus sueños. El tráfico de carne humana no cesaba. Mesones Muro, el gran explorador, alzaría la voz para denunciar las guerras indígenas del Alto Marañón fomentadas por blancos que obtenían pingües utilidades con las cabezas reducidas de los desgraciados indios.

El efecto depresivo de la primera guerra mundial se siente aún en Iquitos en 1918. Mesones Muro puede comprobarlo ese año cuando arriba a la capital de Loreto en su lanchita "Victoria", en viaje memorable siguiendo el Marañón y salvando pongos.

A partir del año 20 las últimas luces del esplendor cauchero se apagan. De la gran riqueza amasada con la sangre de los hombres y los árboles nada o casi nada queda. En el Brasil, el Teatro de Manaus como vestigio. Y tierras, muchas tierras. En el Perú, en Loreto, sólo ruinas. Porque "nunca tuvimos la cultura del ahorro. De todos modos, nos hizo daño. El brasileño, como el boliviano, en las grandes planicies amazónicas, se dedicó a la shiringa, calidad de goma más fina, que se trabaja sin talarla. Nosotros, como los colombianos y ecuatorianos, el caucho, destruyendo" (Emilio Delboy).

En el transcurrir de la tercera década del siglo actual cambia la fisonomía de Iquitos. Del viejo ferrocarril urbano que inaugurara Fuentes en 1905 se ha pasado al Ford modelo "T". Se pavimentan algunas calles y el nervudo Amazonas comienza a dar tarascadas al Malecón famoso y lleno de historia. El Jirón Próspero vuelve a poblarse de tiendas. Al finiquitar el 30 nuevos vientos soplan en Loreto, en el Perú y Europa. En la selva va a iniciarse la explotación del petróleo en el río Pachitea; potentes máquinas rugen desbrozando la tupida maraña: se construye la carretera al Ucayali; se

proyecta la instalación del agua potable y desagüe de Iquitos. Y los loretanos, como para desmentir esa vieja leyenda de su lentitud de tortuga, empiezan a movilizarse. Si hace cincuenta años fueron gentes extrañas las que irrumpieron en Loreto, ahora son loretanos los que invaden Lima, Buenos Aires y Nueva York. Al romperse el aislamiento del hombre, nuevas y alentadoras perspectivas asoman.

Los narradores

Un soleado día de 1892 se voceaba en las calles de Iquitos el nombre de "El Amazonas". Este era un semanario que continuaba la vida de dos anteriores publicaciones muertas prematuramente: "El Boletín Municipal" y "El Industrial". Dirigía "El Amazonas" el mayor de ejército Ramón Montani. Poco tiempo después asumía la dirección el capitán de navío Enrique Espinar quien, en compañía de su hijo homónimo, recién llegado de Europa, le da nueva fisonomía al semanario. Por este tiempo los caucheros y sus hijos comienzan a expresarse: por ahí se publican esbozos de cuentos y algunas rimas.

En una ciudad cosmopolita como Iquitos no es extraño que un joven francés, Benjamín Dublé, se haga cargo en 1894 de "El Independiente", semanario que despierta resistencias por sus animosas campañas en pro del bien público. Dublé es culto y en torno a su vocero reunirá a fatigados caucheros que fungen de literatos, a diletantes y bohemios borrachos de romanticismo español. A Dublé reemplazará Eduardo O'Donnell y a éste, Alfredo Barrantes.

Las revistas se suceden unas tras otras. Mueren con la misma rapidez con que nacen. Pero, como diría un viejo periodista del 40, Manuel Llerena, "los espíritus se agitan y hay hombres a quienes los mismos ideales unen espiritualmente". Con el semanario "Loreto Comercial" que sale en 1903 emerge una generación importante. El gonfalonero será Jenaro Herrera, abogado, estudioso de los cronistas, historiador de una impresionante erudición. Con Herrera formarán grupo Rómulo Paredes, Alcibiades Velasco, Miguel A. Rojas, Jorge Runci-man, Rodríguez Hübner, Leopoldo Cortez y otros. En 1905 aparece el diario "El Oriente", dirigido por el portugués Manuel F. Horta; y un año después "El Tunchi", más literario que informativo, y cuyo director Carlos Gamarra, hijo de "El Tunchi", llegará a escribir una obra titulada "Sachanovela" que, según Ciro Alegría, se halla en la Biblioteca Nacional de Chile.

La generación de 1903, con excepción de Herrera, no ha dejado en lo que respecta a la literatura, nada importante. Fue una generación terriblemente aislada del resto del país e impermeable a la influencia europea. La mayor parte de ellos se ahogaron en un folklorismo ramplón y, cuando imitaron, sus modelos fueron Núñez de Arce, Espronceda y Valdelomar. Sus representantes, muchos de ellos, nutrieron las revistas y periódicos, hasta pasado el año 30, de pastiches ilegibles, visitados ahora únicamente por las polillas de las viejas imprentas iquiteñas.

Epoca adversa para Loreto en lo cultural. El aislamiento cobraba su indeseable tributo. París estaba más cerca de Lima. Pero los jóvenes pudientes que iban a Europa no leían a Rimbaud ni frecuentaban la Comedia Francesa; eran parroquianos de otros templos...

Según Edith Palma, nieta de Don Ricardo, Jenaro Herrera fue discípulo del gran tradicionista. Miembro de la Sociedad Geográfica de Lima, jurista, autor de más de una docena de títulos, Herrera dejó un libro valioso: "Leyendas y Tradiciones de Loreto" (Iquitos, 1917). Allí asombra con su erudición. Prosa no exenta de cierta elegancia finisecular, aunque muchas veces agobien sus excesivas informaciones. Recoge leyendas y echa mano datos de los cronistas para dar forma a tradiciones que nada tienen que ver con la originalidad palmista.

Creo que el aporte de Herrera es, fundamentalmente, de carácter histórico. Su obra servirá, sin duda, para escribir una historia de la Amazonía Peruana. Pero Herrera es desconocido. Si no fuera por un viejo periodista loretano, Alfonso Navarro Cáuper, terco enamorado de la historia y afanoso guardián de las viejas figuras, poco a nada se conocería de la producción de Herrera, empeño valorativo en el cual hay que resaltar también la generosa labor de Francisco Izquierdo Ríos.

En julio de 1936 ve la luz en Iquitos la revista "Amazonía". Nuevos nombres se suman a los que ya declinan: Luis García Torres, Julio de Pina Peña, Bernabé Gregorio Alonso, Alcibiades Zegarra, Américo Pinasco, Conrado del Aguila y Daniel Guzmán Cepeda. Estos cumplirán el rol de los anteriores: agitarán el ambiente, pero su inquietud no cuajará en obras que rompan el atosigante localismo.

Mientras tanto, escritores de otras regiones van descubriendo la selva. Antes ya habían paseado sus ojos, asombrados, Carlos Germán Amézaga, Manuel Beingolea y Pedro Dávalos y Lissón.

Uno de los primeros será Fernando Romero (1905). Oficial de nuestra Armada, Romero en desempeño de sus funciones recorrerá los ríos amazónicos. De esta experiencia extraerá "Doce Relatos de la Selva" (Lima, 1934), testimonio más o menos vivo del hombre selvático y su lucha con el hostil y abrumador medio ambiente. Algunos de estos relatos destilan una leve y sagaz ironía.

José Ferrando (1903-1947) en "Pano-rama hacia el Alba" (Lima, 1941) llegará a concebir la Amazonía como tierra del porvenir; pero describirá una selva donde, como dice un crítico, "no existen incidentes simples sino siempre y a toda hora espantosas tragedias".

Al llegar al 40, la literatura acerca de la selva seguirá —según expresión de Ciro Alegría— siendo obra de forasteros. José Eustasio Rivera y Uribe Piedrahita novelarán sobre el Caquetá y el Putumayo, cuando el Perú tenía soberanía sobre esas tierras. José Mejía Baca se asomará al gran llano amazónico con "El Hombre del Marañón" (Lima, 1943), y el mismo Alegría en "La Serpiente de Oro" (Santiago de Chile, 1936) describirá la "entrada a la selva". Ventura García Calderón trazará bellas páginas sobre nues-

tros bosques y sus habitantes y Emilio Delboy, siguiendo las huellas de un antepasado suyo, se internará a la selva para amarla, comprenderla y explicarla en ágiles crónicas.

En setiembre de 1941 aparece en Iquitos la revista "Trocha". Su director es un joven maestro acabado de llegar de Lima y resuelto a romper con las ataduras del estéril localismo: es Francisco Izquierdo Ríos. Los viajes a Lima se hacen todavía a pie en casi dos meses, pero llegan algunas revistas y en las tertulias, en torno a "Trocha", se lee a Vallejo y se comentan las últimas páginas de Arguedas y Alegría. La Librería "Mosquera" ya vende las novelas de Gorki como novedades...

A partir del 42 irán apareciendo los narradores de la selva. Muchos de ellos todavía ayunos de técnica literaria; otros lucharán heroicamente en una selva que lo es física y culturalmente en pos de una creación valedera y trascendente. Es preciso señalar aquí que a muchos de nuestros narradores abrumará el paisaje. Se tornarán en meros paisajistas y en sus relatos el hombre sucumbirá aplastado por la selva y por la impericia del escritor.

Juan E. Coriat fue uno de los primeros autores loretanos. Publicó "La Venganza" (Lima, 1924), conjunto de relatos. Recogió leyendas. Luego ensayó novela en "Un Amargado" (Lima, 1946). Precisamente en esta obra, defectuosa literariamente, surge una decidida posición de protesta social. Coriat en su libro "Tunchi" (Lima, 1944) asumió una posición polémica: en su relato titulado "El Presidente" traza la imagen de un Fitzcarrald, feroz y ambicioso.

Buen narrador, Arturo Burga Freitas es autor de dos volúmenes: "Ayahuasca" (Lima, 1941) y "Mal de Gente" (Lima, 1943). Creo que Burga Freitas tiene más aptitud para el relato corto, pues lo confirma en su primer libro, que es una colección de cuentos y leyendas escritos con prosa amena y modernista.

En 1942 apareció "Sachachorro" de César Lequerica Delgado, libro de estampas loretanos. Excelente narrador, escribió también una novela, "Ni Infierno ni Paraíso", que permanece inédita.

Víctor Morey (1900-1965), pintor más que escritor, compuso un solo libro: "El Motelo" (Lima, 1958). Allí tiene un cuento del mismo título del libro y al que Ventura García Calderón calificó de magistral.

A esta misma generación de narradores pertenece César Calvo de Araujo. Ha publicado "Paiche" (Arequipa, 1963), novela amazónica donde relata la implantación de una granja colectiva en la selva. La estructura novelística es defectuosa: es torrencialmente descriptiva y los personajes están mal delineados. El también es más pintor que escritor.

Humberto del Aguila es otro narrador amazónico que ha publicado cuentos de gran calidad literaria (Cuentos Amazónicos, Aguilar, Madrid, 1958). Se esperaba más de él, pero fue absorbido por el periodismo capitalino.

Figuras mayores dentro de la narrativa de selva son Francisco Izquierdo Ríos y

Arturo D. Hernández, con un lugar seguro en la historia de la literatura peruana.

Izquierdo Ríos (1910), Premio Nacional de Literatura "Ricardo Palma", ha novelado en el contexto de la Selva Alta y la Sierra Oriental. Autor de varias obras, entre ellas "Ande y Selva", "Cuentos del tío Doroteo", "Días Oscuros" (Lima, 1950), es, sin embargo, en la novela "Gregorillo" (Lima, 1957), "Los Cuentos de Adán Torres" (Lima, 1965) y la colección de cuentos infantiles "El Arbol Blanco" (Lima, 1964) y "El Colibrí con Cola de Pavo Real" (Lima, 1965), donde este narrador nacido en Saposha ha obtenido sus mayores logros.

Arturo D. Hernández (1903), también Premio Nacional de Literatura "Ricardo Palma", ha publicado tres novelas: "Sangama" (Lima, 1942), "Selva Trágica" (Lima, 1954) y "Bubinzana" (Lima, 1960). El crítico Estuardo Núñez ha escrito que tanto Ciro Alegría y Hernández pueden ostentar el título primigenio de haber incorporado la auténtica selva amazónica, como materia, como tema y como tesis. Hernández, de acuerdo a sus propias palabras, describe la selva en función del hombre. Sus obras reflejan el atroz combate entre éste y el endiablado paisaje selvático.

La última generación que hace oír su voz a partir del año 57 y, más orgánicamente, desde 1962, tiene dos nombres promisorios: Jaime Vásquez Izquierdo y Manuel Túnjar Guzmán, ambos todavía inéditos.

No creo como Enrique Paz Soldán que, hace más de diez años, dijo que la selva está definitivamente incorporada al resto del país. La Selva Peruana, hoy como ayer, vive aún, para decirlo con palabras de Euclides da Cunha, "el drama conmovedor de la existencia indefinida de la tierra". Está ahí como desafío, esperando que liquidemos el alfabeto de su crisis: "alojamiento, alimentación, agua potable, aseo y asistencia". Está ahí, todavía, como orilla del mundo intelectual. Pero es posible que, definitivamente, sea la cultura quien dé "la última batalla para conquistar la selva" (Ciro Alegría).

Los Poetas

La poesía ha sido en Loreto, hasta hace algunos años, hermana menor en el desarrollo literario. Si bien es cierto que Carlos Germán Amézaga, el conocido autor de "La Leyenda del Caucho", estuvo en Iquitos a fines del ochocientos, y que a Manuel Beingolea casi le desfigura el rostro la uta de los ríos amazónicos, es cierto también que nuestros rimadores deambularon por más de medio siglo viciadas del encandilamiento verbal, hueco y pedestre.

Mientras que en 1917 Jenaro Herrera barruntaba algunos cuentos, por esa fecha el español Karr y Corona nos empacha de simplismo y tedioso sentimentalismo poético.

Por supuesto que la fauna poética será numerosa y la producción exuberante. Las revistas de los primeros cincuenta años de este siglo se hinchaban de "poesía", de rimas inverosímiles. Se imita a Darío, más a Chocano cuando éste em-

pieza su apoteosis. De todo este océano de cantos al paiche, a la cocha, al bosque, a la broncínea y bella selvática, la poda del tiempo no dejará casi nada. Apenas unos cuantos poemas de Rúnciman, uno de Federico Pizarro, pocas letrillas de Rómulo Paredes, escasos poemas de Marco Antonio Vértiz, y nada más.

El drama de los poetas será el de los narradores: carencia de información, ninguna vinculación con otros medios culturales, folklorismo y diletantismo.

Habrà que esperar el advenimiento de Hernán Medina Pinón, nacido al filo del siglo, para leer poesía escrita por un loretano. Medina se vinculó en sus días de estudiante universitario al movimiento poético peruano del 20. Frecuentó la amistad de Alberto Guillén, el autor de "Deucalión", y de Alberto Hidalgo.

La poesía de Medina, para usar el so-corrído esquema de las escuelas, es modernista. No en balde Alberto Ureta saludó alborozado su libro "Esquifes de la tarde". Maduro ya ha publicado "La Voz de las Horas Otoñales" y todavía inédito guarda "El Canto de la Vida Inmortal".

Surge luego Marco Antonio Vértiz, el chocanense cantor de la selva. La producción de Vértiz, habitante de la inmensa Buenos Aires, es de una increíble abundancia. Pero toda esta obra se descalifica por su apego a una retórica en desuso, a unas imágenes y metáforas casi nunca originales. Palabras, palabras y palabras.

Moisés Bendayán es un rimador que, intermitentemente, ha publicado sonetos a la selva. Como Vértiz, como tantos, como los gustos poéticos de la mayor parte de los lectores loretanos, él también está con Darío, con Chocano, con el modernismo.

Es curioso, pero interesa decirlo. Los gustos poéticos y literarios de mucha gente está con un retraso de medio siglo, está con Vargas Vila y con Nervo.

En 1957 se realizó en Iquitos la Primera Jornada del Libro Loreto. En aquella ocasión, su organizador, Raúl Hidalgo Morey, dio a conocer dos de las voces importantes de una nueva generación: Germán Lequerica y Javier Dávila Durand. Es, sin embargo, a partir del año 62 en que la nueva generación se agrupa, se organiza y hace escuchar su voz. Aparecen nuevos nombres: Jaime Vásquez Izquierdo, Teddy Bendayán, Manuel Túnjar. Nace el grupo "Bubinzana". Se edita la revista literaria "Surcos". El movimiento se extiende. En Pucallpa, importante ciudad económica, se funda el grupo "Cotu-hé". Los jóvenes poetas se vinculan, trabajan en comunidad, viajan. Algunos de ellos reciben su bautismo en la vida con las redadas policiales. Leen a Vallejo, Neruda, Nazim Hikmet... A estas alturas el diletante está ya agnizando. La nueva generación de poetas amazónicos sabe en qué tierra pisa y sabe, dolorosamente, cual es el destino del escritor en un mundo, en un país como el nuestro. Ellos aspiran, para decirlo a la manera orteguana, a realizarse plenamente, a cumplir su programa vital viviendo y muriendo con autenticidad.